

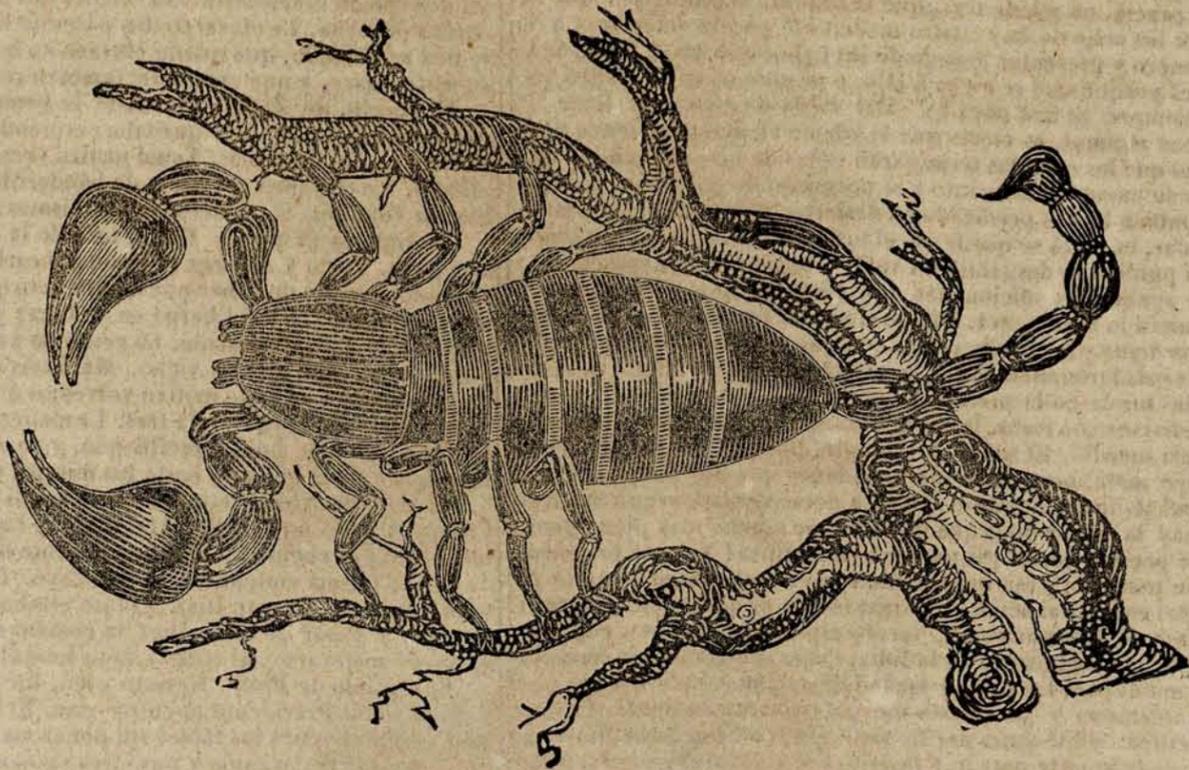
# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 506.

MADRID 19 DE JUNIO DE 1844.

Segunda serie



EL ESCORPION.

### LA PIEL DE ZAPA.

#### TERCERA PARTE.

El muchacho, verdadero montañés, tenía ojos negros, con los cuales podía mirar el sol sin deslumbrarse, tez de color de hollín, y cabellos negruzcos en el mayor desorden. Era ágil y decidido en sus movimientos, llenos de sencillez; mal vestido, pero dejando ver una piel blanca y fresca al través de las roturas de sus ropas.

Ambos permanecieron en pie y en silencio, uno al lado del otro animados por un mismo sentimiento, revelando en su fisonomía la prueba de una vida, igualmente viciosa. Habíase acostumbrado el anciano á los juegos del muchacho, y este á la vez no era extraño al humor de aquel, especie de pacto entre dos flaquezas, la una próxima al término de su carrera, y la otra pronta al movimiento.

Salió después hasta el umbral de la puerta una mujer de unos treinta años. Había andando. Era una auverniana, de color escelente, aire de regocijo, franca, de blancos dientes, estatura proporcionada, traje airoso y turgente pecho, en una palabra, el bello ideal del país: costumbres laboriosas, economía, cordialidad, todo se encontraba en ella.

Saludó á Rafael y entraron en conversacion; apaciguáronse los perros, el anciano se sentó en el banco al sol, y el niño siguió á su madre por todas partes, silencioso, pero escuchando y examinando al extranjero.

—¿Qué, no teneis miedo aquí, buena mujer?

—¿Y de qué tendríamos miedo, señor? cuando cerramos la puerta al entrar ¿quién podría venir aquí? ¡Oh, no, no tenemos miedo!

Por otra parte, dijo haciendo entrar al marqués en la grande sala de la casa, ¿qué podrían venir á buscar aquí los ladrones?

Y mostraba paredes ennegrecidas por el humo, en las cuales había azulejos en que estaban pintadas la muerte de *Crédito*, la *pasión de Jesu-Cristo*, y los *granaderos de la guardia imperial*; luego por el cuarto una cama de viejo nogal con sus columnas, y sobre la chimenea algunas figuras de yeso bronceado una mesa patizamba arca para el pan, tocino suspendido en las vigas, un salero rústico, y una sartén.

Rafael vió al salir de la sala un hombre enmedio de las rocas que tenía una azada, en la mano, inclinado con curiosidad y mirando hácia la casa.

—Es mi marido, señor, dijo la auverniana soltando una sonrisa familiar á lo aldeana; está labrando allá arriba.

—¿Y este anciano, es vuestro padre?

—Perdonad, señor: es el abuelo de mi marido. Así como le veis tiene ciento dos años, Ha sido fuerte en su tiempo: ahora no hace mas que comer, dormir y

beber. Siempre está jugando con el chico. Algunas veces se lo lleva por allá arriba; también va....

Pronto resolvióse Rafael á vivir entre el anciano y el niño, á respirar entre su atmósfera, á comer de su pan, á beber de su agua, á dormir de su sueño, á crecer en sus venas sangre de aquella: ¡capricho de moribundo!...

Poder considerarse como una ostra de aquellas rocas, salvas de la nada, su cubierta, calmar á su lado la muerte, para el fue el prototipo de la moral individual, la religion de la personalidad, la verdadera fórmula de la existencia humana, el bello ideal de la vida, la sola vida, la verdadera vida.

Vinole por fin en el corazon un profundo pensamiento de egoismo, en el cual el universo se hundió. A sus ojos no hubo ya mas universo: el universo pasó todo en él.

El mundo para los enfermos empieza á la cabecera y acaba al pie de la cama. Y aquel paisaje fue la cama de Rafael.

#### LI.

¿Quién no habrá una vez espionado, durante su vida, los pasos y rastreos de una hormiga, atajado con paja el único orificio por el cual respira un largo caracol, estudiado los caprichos de una doncellita empalagosa, admirado las infinitas venas que se destacan por el rojizo fondo de las hojas de una encineta? ¿Quién no ha deliciosoamente admirado por mucho tiempo el efecto de la lluvia y del sol sobre un techo moreno, ó contemplado las gotas del rocío, los pétalos de flores, los varios cortes de sus cálices? ¿Quién no se habrá sumergido en aquellas enajenaciones materiales, indolentes y ocupadas, sin fin determinado, y que conducen sin embargo á algun pensamiento? ¿Quién, por fin, no ha tenido la vida de la infancia, la vida perezosa, la vida del salvaje, menos sus trabajos?...

Así vivió Rafael durante muchos días, sin cuidados, sin deseos, sintiendo una mejora sensible, un extraordinario bienestar que calmó sus inquietudes y acalló su dolor. Trepaba por las rocas, y luego iba á sentarse sobre un pico desde donde abarcaban sus ojos algun paisaje de una estension inmensa, y quedábase allí días enteros como una planta al sol, como la liebre en su guarida. O bien familiarizándose con los fenómenos de la vegetacion, con las vicisitudes del cielo, estudiaba el progreso de todas las obras, ya en los aires, en el agua y en la tierra.

Probó de asociarse al movimiento íntimo de aquella naturaleza é identificarse asaz, completamente á su obediencia pasiva, para caer debajo la despótica y conservadora ley que rije las existencias instintivas. No quería por mas tiempo estar encargado de sí mismo y semejante á aquellos reos de otro tiempo, quienes perseguidos por la justicia quedaban salvados si alcanzaban á la sombra de un altar, trataba de mantenerse en el santuario de la vida. Consiguió llegar á ser parte integrante de aquella fructificacion abundante y poderosa. Habíase hermanado con las intemperies del aire, habitado en las covachas de las rocas, aprendido las costumbres y hábitos de todas sus plantas, estudiado el régimen de las aguas, sus giros y familiarizándose con los animales. Por fin, tan perfectamente se había unido con aquella tierra animada, que había en algun modo penetrado sus secretos y co-

gido su alma. Para él las formas infinitas de todos los reinos eran los desarrollos de una misma sustancia, las combinaciones de un mismo movimiento, vasta respiración de un sér inmenso que obraba, pensaba, andaba, crecía, y quería engrandecerse. Había fantásticamente mezclado su vida con la vida del penasco; era su casa su concha.

(Continuará).

## VARIEDADES.

### TOROS.

No sin fundamento creíamos nosotros, que la corrida anterior sería una dedadita de miel para engañar al público bobalicon; mas por esta vez, gran chasco se han llevado los que pretendían engañarle y sus esperanzas han sido burladas completamente; ¿y cómo no habremos de alegrarnos de que así suceda, cuando nada de lo que hemos apuntado se ha llevado á efecto? ¿se quiere ganar sin gastar? ¿se quiere que la gente vaya á las corridas, viendo un día, y otro y otro que nada valen los toros que se presentan? Desengañense los que manejan este asunto; toros buenos y de muy poco precio, no puede ser; ¿qué le importa al público el que le den ocho toros, si entre los ocho no hay cuatro medianos? ¿No le valía mas á la empresa reducir el número y presentar ganado de ley? ¿por qué no se lidian de la ganadería del duque? es porque este se niega á ello, ó porque no se le pagan como es debido y como siempre se han pagado? ¿Mal modo de especular tiene la empresa! y si como dicen algunos, es cierto que la afición va desapareciendo poco á poco no extrañaríamos que las corridas terminaran antes de los ocho años, que ha de estar la plaza por su cuenta. En cuanto á la necesidad de que haya tres picadores en la plaza, también hemos predicado en desierto, así es que si por casualidad sale un vicho regular, la plaza se queda en el instante sin gente de á caballo y el toro se enfria, y el público se desgaña en valde y se cansa y sale fastidiado, y no quiere mas toros, y aunque los aficionados son como los que tienen amores, tantas veces va el cantaro á la fuente, ect. Dígalo sino esta corrida en que la plaza apenas se encontraba mediana y no se nos venga con que el calor, quitaría mucha gente, porque los verdaderos aficionados, como crean que la fiesta es cumplida, aunque el sol les tueste no la pierden.

Como tenían que lidiarse ocho toros, la corrida naturalmente debía empezar á las cuatro y media, y así sucedió. El señor presidente, porque ¡eso sí! la corrida bien pudo ser y fue bien mala, pero vaya ¡un presidente que nos chupamos! ¡un hombre que lo entendía! ¡todo un hombre! y que á decir verdad, según lo joven que notamos era, no hay la menor duda que promete ser mucho mas ¡qué talento tan precoz para esto de presidir toros! ¡Si parece casi mentira! Yo por lo mismo quiero ocuparme de su persona y tan impaciente estoy, tanto deseo ponerle en evidencia, que no quiero esperar al sétimo toro que fue en el que nuestro hombre se dió á conocer. Lucíase el Salamanquino, torero espuesto y garboso, con muy buenas piernas, y no poco conocimiento en la lidia; habia trabajado este toro con mucho primor, preparándole para las varas y sacándole con su capote del peligro: el público le aplaudía unánime, y ya en esto me pareció á mí culpable, aunque algo me tocaba de su culpa: dióle gana por lo visto á su padrino Juan Jimenez, pedir permiso á la hora de la muerte para que le dejara la autoridad matar al Salamanquino. El público en masa, que esto de que fuera en masa debió cargarle á S.S., ondulando los pañuelos por el aire pedía esta gracia, cuando el señor presidente con un movimiento de cabeza, porque este era presidente de cabeza, dijo que no. ¡Caramba, que dijo muy bien! ¿Quién, pregunto yo, era el que pedía la gracia? Se me dirá que el público: pues bien, si el pueblo era el que la pedía, nada mas natural, que la autoridad popular, que la autoridad elegida por el pueblo fuera la que se lo negara. ¿Tiene esto algo de particular? Así debió conocerlo el público luego que volvió de su error, y así aplaudía desahogado y frenético tan acertada disposición, pues si hubo silbidos generales, esos no duraron mas que un cuarto de hora, y nada deben importarle al presidente, mucho menos cuando los que silbaban eran los descontentos, y cuando los que aplaudían eran los mismos... por variar.

Es bien seguro que diría S. S. para sus adentros, y con aquel talento claro que yo le supongo ¡Qué monstruosa contradicción! ¡unas veces aplauden y otras me silban! ¿que significa eso? Nada... que S.S. es hombre que lo entiende; y como lo que el público necesita es un hombre como V; perdóneme S.S. que eso de V. se me ha escapado sin querer, y yo no la silbé á S.S., yo no sé silbar, ni lievaba silbato, cosa rara por cierto: yo no hice mas que aplaudir cuando noté que todos silbaban. go, que como S. S. es el hombre que necesita el público madrileño porque S.S. tiene carácter y lo entiende, debía la corporación vincular en S.S. el cargo de presidente de la plaza de toros; ¡para qué quería mas ganga la empresa! S.S. notaría entonces con su natural perspicacia, porque a mí no hay quien me saque de que S. S. es muy perspicaz, que la plaza se llenaba de gente, y que el público se divertía completamente y que aunque los toros fueran malos no por eso desaparecería la diversion. ¿Dónde hay pues, mayor divertimento que ver á S.S. tan jovencito como es, con aquella firmeza de carácter, y aquel aire tan de autoridad, y aquel ¡no se qué! que yo no puedo explicar, pero que tanto me enamoraba y tanto me hacia reír! ¿Cómo habia yo de pensar en los toros, cuando podia ver á S.S. en su palco recibiendo impasible tan magnífica ovación? Sabe S.S. ¡qué es todo un hombre sereno! Y siendo esto así, ¿podia haber mejor función para mí ni para nadie, que la de verle á S. S. en la plenitud de sus funciones? Desengañémonos, lo bueno siempre se paga, y por ver una cosa así, todo dinero es poco.

Tornando á tomar el hilo, porque han de saber mis lectores, que es un hilo muy largo, y que estas cuestiones aunque se le tache á uno de pesado, siempre es bueno ilustrarlas como corresponde; despues de haber negado S. S. la petición, que á decir verdad no estaba hecha en regla; que otra cosa hubiera sucedido, si cada espectador se hubiera dirigido á S. S.; el pueblo se alborotó y no quería que Jimenez matara el toro y hasta el probe vicho se conocía que no quería morir en sus manos, y como que deseaba llevar la contraria á S. S. seguían saltaban la barrera. Pero S.S. ni por esas, y aunque vió, ó sino debió haber visto, que en el acto de hacer puntería Jimenez, le tiraron un sombrero, al que tal hizo, nadie se metía con él. Esto es lo que se llama ser presidente y S.S. lo es en toda regla. Ya se ve ¿quién se mete con un hombre? Otra cosa hubiera sucedido si todos los que se encontraban en la plaza hubieran tirado los suyos. Es bien seguro que S.S. los hubiera impuesto un castigo muy duro.

Por fin se mató el toro y en seguida S. S. hizo venir á su presencia, porque aunque S. S. es joven tiene presencia, al espada Jimenez, y dicen que le multó. Si esto es cierto S. S. obró en regla, es decir, que S. S. por lo visto, presenta igual disposición para todo; que S. S. es constante en su modo de proceder. Para eso se chupa muy buenos aplausos y le dan las gracias, y le piden perros y le gritan ¡fuera! como si S. S. fuera tan tonto que no conociera que todo es broma y que le queremos mucho los que deseamos que presida siempre; y sino ¿para que le

ha elegido á S. S. el pueblo? Esto no tiene contestacion por mas que se me diga, «que no hay peor cuña que la de la misma madera.»

Algunos suponían que no era S. S., sino el jefe político el que presidía. De esto no haga caso S. S., la gloria es toda suya; el señor jefe político es bien seguro que no hubiera hecho lo que S. S. hizo: yo que soy amante de dar á cada uno lo le corresponde, confieso que no ya el jefe político, sino el hombre de mas talento de este mundo hubiera hecho lo que S. S. hizo, que tan buenas voluntades le ha granjeado y tan buen partido le asegura para una eleccion popular. Viniendo ya á la corrida, que para mí está ya trazada con lo que llevo dicho, salió al circo el primer toro de la ganadería de Gaviria, con divisa encarnada, retinto y de buen pelo. Charpa y Muñoz, encargados de picar los cuatro primeros toros, le pusieron media docena de varas, y aunque era bastante voluntarioso su poder era escaso. Pusieronle dos pares de banderillas y le mató Juan Jimenez, despues de varios pases al natural, de dos bien dirigidas que dieron en hueso y un mete y saca. A este toro le hizo Labi un recorte en medio de la plaza para darle con el pié en el morro.

El segundo, de Aleas (de Colmenar), con divisa esmeralda y caña, era retinto, buen mozo, perfectamente armado, de hermosa piel y muchas piernas, pero bastante claro. Tomó cuatro varas de Muñoz y cuatro de Charpa. Este toro era demasiado sensible al hierro. Saltó las tablas y cayó encima del Pando, aunque sin lastimarle. Le metieron cuatro pares de banderillas, y lo despachó Labi de un mete y saca, y un magnífico volapié que le valió muchos y merecidos aplausos.

El tercero, de Pinto (Colmenar), con divisa azul y caña; corniabierto y tostado, era boyante y seco para los caballos. Mató tres. El Salamanquino saltó á este toro al trascuerno. Tomó nueve varas de Charpa y siete de Muñoz, y un morronazo del que quedó desmontado del caballo por haberle dado el toro una cornada en el estribo derecho. Le clavaron dos pares de banderillas y lo despachó Gaspar Diaz de una recibiendo, que quedó clavada en hueso, por la fuerza con que fue dirigida un mete y saca, y una excelente, también recibiendo.

El cuarto, de Zapata (Arcos de la Frontera), divisa encarnada y celeste, buen mozo, retinto, claro; se quedaba cerniendo ante el bulto. Era vicho de muchas piernas y saltó las tablas. Tomó cuatro varas de Charpa y dos de Muñoz. Mató un caballo. Le clavaron dos pares de banderillas y le mató Juan Jimenez de dos muy buenos volapiés, el primero en los mismos medios de la plaza.

De Gaviria el quinto. Fue el toro de la corrida. Retinto, boyante y muy duro á la puya. Trigo y Alvarez salieron á picarle. El primero le puso nueve varas y el segundo despues de haber puesto dos tuvo que retirarse á la enfermería á causa de una fuerte caída. Salió Charpa en su lugar y puso tres. Este toro era de mucha cabeza y remataba demasiado. La gente de á caballo estuvo algo tumbona, sin duda porque cobraban asco al vicho. Mató seis caballos y á veces la plaza se encontró sin picadores, con cuyo motivo volvemos á insistir por última vez, en la necesidad de que siempre haya en ella tres. Le metieron dos pares de banderillas y lo mató Labi de una en hueso, recibiendo, y de otra perfectamente puesta, recibiendo también y en la que coló hasta los mismos dedos.

El sexto de Aleas, retinto oscuro; tomó cinco varas de Trigo y otras tantas de Charpa, y mató un caballo. Al echarlo el capote Picha, tropezó y besó la tierra. El toro saltó por encima, y afortunadamente no le causó otra lesion que la ocasionada por la misma violencia con que cayó. Le pusieron tres pares de banderillas y salió á matarle Gaspar Diaz. El toro estaba poco castigado y tenia ademas muchas piernas. A pesar de esto, Diaz le concluyó de una sola estocada recibiendo, que ni puede mejorarse, ni como ella se ha dado otra en la presente temporada.

El séptimo de Pinto. Retinto y feo, fué el toro del jaleo y del que se acordará S. S. el señor Presidente mientras viva. El Salamanquino le dió un recorte á este toro y saltó despues las tablas sin poner las manos en ellas. Alvarez volvió á salir, repuesto de su caída y puso tres varas al toro; cuatro tomó el vicho de Trigo. Le metieron cuatro pares de banderillas, S. S. el señor Presidente negó el permiso que pidió Jimenez para que matarse en su lugar el Salamanquino. En su consecuencia salvó el primero (no se crea que fué S. S. el señor Presidente) lo mató de una bastante baja, despues de haberle trabajado mucho y haber saltado dos veces la barrera.

El octavo de los Arcos, era berrendo. Tomó una vara de Trigo y dos de Alvarez. Saltó las tablas, mató un caballo, le pusieron dos pares de banderillas y lo mató Labi de dos cortas y dos buenos volapiés en los medios de la plaza.

La corrida fué mala y el público salió disgustado de ella.

## TEATROS.

### DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche: La picza en un acto, titulada: DUMONT Y COMPAÑIA. El niño Jesus Monasterie, que tanto ha agradado el año anterior en sus conciertos, se presentará á tocar unas variaciones sobre un tema de la ópera La Gazza Ladra. La comedia en un acto, titulada: EL PRO Y EL CONTRA. Volv verá á presentarse el niño Monasterio y tocará la sinfonía de Los dos Figaros con acompañamiento de cuarteto. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto titulada: LAS CITAS.

### DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion

### DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: L' ESULE DI ROMA, ópera seria en dos actos.

### DE VARIEDADES.

A las ocho y media de la noche: Sinfonía. La comedia nueva, original, en dos actos y en verso, su título: LOS DISFRACES. Seguirá el Baile inglés por la niña Alva, que tanto ha agradado. Continuará la comedia en un acto, titulada: NO MAS CALZONES. Finalizando con baile nacional.

NOTA. Constante la empresa de este teatro en proporcionar al ilustrado público madrileño que tanto la favorece cuantas comodidades sean posibles, particularmente en la estacion presente, ha dado al local mayor frescura de la que él mismo es susceptible, abriendo cuatro ventanas, cuyo ambiente impide incomode el calor y le transforma en un verdadero teatro de verano.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.